



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

AÑO II.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Sr. Administrador del Cádiz, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

20 de Noviembre 1878.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, un mes, adelantado 2 ptas.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. 25 »
En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas
americanas, semestre anticipado, en oro. 20 »

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

NÚM. 20.

SUMARIO.

TEXTO: Errores de educacion, por ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.—La gran causa del bello sexo, por NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.—El realismo y el sentimentalismo, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Poesías: Á la Reina Mercedes, por FRANCISCA DE SARASATE.—Vivir aquí no es vivir, por JESUS PANDO Y VALLE.—A..., por JOSÉ JURADO DE PARRA.—Un duelo frustrado, por EMILIA QUINTERO Y CALÉ.—Un caso extraño, por AURELIANO J. PEREIRA.—Noticias.—Anuncios.

ERRORES DE EDUCACION.

XI.

LA HIPOCRESIA.

El cielo ha querido apartar del hogar doméstico el reptil de la *hipocresía*: la naturaleza tiende á la sinceridad, y el niño, como manifestación pura y clara de lo natural, propende á la franqueza y á la verdad. Nada suele haber tampoco en los padres que les haga amar la *hipocresía* en sus hijos: antes bien, están interesados en conocerlos perfectamente, para poderlos manejar con facilidad y hacer suave la tarea dificultosa de la educacion y segura y completa la imposición de su autoridad.

Es además la *hipocresía* hija de la malicia; reclama talento ó ingenio, y tales cualidades se despiertan pasada la infancia y aun, dada una gran precocidad, ya bien entrada la adolescencia.

El hipócrita suele hacerse en los colegios y seguramente se hace en la vida social: la edad y la experiencia acentúan este defecto, tocan las llamadas *sus ventajas*, y lo desenvuelven y ejercitan en las edades superiores de la vida. Es vicio mas propio de viejos que de jóvenes, así como es tambien mas comun en la mujer que en el hombre.

El instinto del disimulo, que fácilmente aparece y se robustece en el sexo femenino, donde viene á sustituir al valor que falta ó al descaro que repugna, y el hábito de no decir

casi nunca la verdad, ya porque la sociedad no lo consiente, ya porque los padres han hecho entender á sus hijos que no les conviene, concluye por engendrar en la mujer un cierto grado de *hipocresía* que justifican los primeros éxitos y que se fortalece con la creencia de que en sociedad es una torpeza llevar el corazón en la mano, y de que en el mundo la verdad no triunfa sino rarísima vez y por prodigio de la Providencia.

La niña, mas astuta y mas adelantada que el varon, apela á la mentira, forma esencial y propia de la *hipocresía*, ya para librarse de una reprensión paterna, ya para descargar sobre su hermanito ó sobre la criada, la débil responsabilidad de una travesura. Si la intención es exuberante y mala, la mentirilla suele envolver una pequeña calumnia, más ó menos ingeniosamente urdida y peor ó mejor defendida con sorprendentes recursos é increíble serenidad. Si la treta sale bien, hé aquí sembrado el germen de tan feo vicio: la niña acaba de contraer el torpe hábito de mentir: si sale mal, el ángel devora el primer despecho: su conciencia se mancha con el dolor de la primera vergonzosa contrariedad: y si el castigo no llega, ó llega débil y desproporcionado á la culpa, aquella boquita rosada vuelve á prestar alientos á la mentira apenas entiende el gracioso diablillo que el éxito es mas seguro por la mayor astucia propia ó la mayor torpeza ajena.

La candidez paterna, la indulgencia exagerada y el amor propio mal entendido, auxilian el desarrollo de este gran defecto: y á medida que la edad avanza y la perspicacia y la malicia aumentan, la *hipocresía* se afirma, toma un carácter decidido, entra á formar parte de las armas con que aquel ser se propone luchar en la vida, adquiere la consistencia de un rasgo propio de la fisonomía moral ó de una cualidad interesante y permanente de la conducta, y los peligros de multitud de daños se hacen inminentes y terribles.

Quizás algun hipócrita crea haber resuelto con su asqueroso arte el problema de la vida social: pero lo que es el religioso, el

moral, el de la propia conciencia, ese, no le ha resuelto seguramente. Fabricante de moneda falsa, en vano se hace la ilusión de ser poderoso: su tesoro no es de ley; una sola moneda puede delatar el delito y en vez de existir las ventajas de la riqueza, realmente no hay sino el riesgo de ser descubierto, que aumenta con cada nueva acuñación.

La sociedad tiene la culpa si este vicio que, aunque puede apuntar en la familia no halla en el hogar las condiciones que exige su esparcimiento, crece, se afianza y se esparce por el trato de las gentes y la vida pública. La sociedad que solo se cuida de apariencias; la sociedad tan indulgente con lo malo, como tiránica é ingrata con lo bueno; la sociedad que acumula sus desconfianzas en torno del mérito, sus tentaciones al paso de la virtud y sus complacencias y bondades en torno del ángel caído y del espíritu en corrupción; la sociedad, en fin, que parece exigir de todos la santidad para destruirla luego, si por casualidad la encuentra, y que busca disculpas y hasta alabanzas para el mismo que reconoce como malo, sin duda porque este ser es el que juzga digno de ella, el que presenta mas aprovechamientos para el juego de las pasiones sociales, y el mas inofensivo con ser depravado, porque ya está conocido, y *mas vale malo conocido que bueno por conocer*.

Resulta de aquí, que la joven miente amor y gana un marido; miente virtud y conquista consideración; miente religiosidad y logra respeto; y miente abnegación, caridad, sencillez, catolicismo y alcanza fama de beatitud y olor de santidad.

Oh! si la *hipocresía* llegase á triunfar por completo, si á la familia y al público se les pudiese engañar y engañar siempre, entonces podría quizás tolerarse: el mundo recogería el bien, sin lastimarse por la inmoralidad que lo producía; mas como esas comedias ni pueden ser completas ni duraderas, el diablo enseña la cola, el mundo le vé las uñillas al gato y el hipócrita mira en tierra toda esa Babel edificada paciente y trabajosamente con

falsas virtudes, como el niño derriba de un soplo su castillete de naipes.

Para que la *hipocresía* fuese útil, sería preciso no desmentirla jamás, y entonces es evidente que produciría los mismos resultados que la virtud verdadera; más como no es esto lo que se propone el estafador de concepto, como la rectitud y la candidez son mascarilla para un momento ó para ante ciertas gentes, porque el carnaval de honradez no puede ser perpétuo, al fin cae el disfraz, desaparece la ficción y se dá el escándalo: entonces hay alguien que queda llorando; muchos que admiran ó extrañan; pero estos mismos y muchos más, repugnan y maldicen. La sociedad, por regla general anatematiza los mismos vicios que impone ó al ménos que tolera: en esto no es consecuente consigo misma; ¿pero quién pide lógica á la sociedad?

Decíamos que rara vez puede explicarse la *hipocresía* por defecto familiar, sobre todo en el hombre: danse casos; pero son los ménos: los más, nacen en los colegios: es decir nacen en ciertos colegios y merced á ciertas educaciones, y se desarrollan y fomentan luego con el trato social.

Los sistemas jesuíticos (y perdon por el sentido que damos á esta palabra) empleados en algunas casas de educación infantil, mas atentas á las exigencias de padres necios que al interés moral de un ministerio augustísimo y de una juventud sacratísima, explican una multitud de casos en que la travesura del niño, la indocilidad de su espíritu y hasta las primeras tendencias al mal, son mañosamente escondidas bajo una apariencia de humildad, unas formas de dulzura y un cierto embozo de religiosidad, del peor resultado.

Salta á la vista que es natural en el joven la frente alta y la sonrisa franca, la mirada radiante y el lábio sincero, lo mismo que la jovialidad del carácter, la impertinencia de la frase, la travesura de la conducta y la ligereza y la impremeditación en el juicio: por tanto, cuando hallamos trocados estos usos por una formalidad extraña, una pasividad perfecta, una actitud encogida, una mirada baja y apagada y un mutismo persistente, apenas interrumpido por monosílabos tímidos y susurantes, motivos hay para sospechar que tal violación de la naturaleza es signo de idiotismo ó efecto de un estudio criminal, impuesto por un tratamiento cruel y satánico.

Muy imbécil hay que ser para no dar con el secreto de tal prodigio; y grande insulto harían los falsos educadores á los padres de familia al juzgarles tan bobos, si no fuera porque en la mayor parte de los casos, la bobería se manifiesta en un grado inconcebible.

El jesuitismo triunfa: el niño reza mucho y juega poco; obedece con humildad y calla cuando el superior le reprende; pero luego, á la espalda, tras del sepulcro, en la resurrección, no ya el niño, el hombre es lisa y llanamente lo que el mundo llama *un perdido*.—*¡Era un ángel!*—exclaman los que le vieron al salir del colegio.—*¡Quién había de decirlo!....* Claro está; en cuanto lo dejaron de la mano aquellos santos varones, se hundió! *¡Qué lástima de tiempo y de trabajo perdidos!*

Y la sociedad recoge esas hechuras del jesuitismo, adornadas con el arte de la ficción y con el conocimiento experimental de lo útil que es un arte semejante en la vida.—*No es ser bueno lo que importa*, se dicen, *sino parecerlo: el mundo no es dominio del virtuoso, sino del sagaz; porque la sociedad no es pasto de la honradez, sino de la picardía: ser bueno, podrá ser lo mejor; pero ser un bribon suele tener más cuenta: después de todo, la sociedad no se merece otra cosa: buena necesidad sería dar oro al que se contenta con el dublé! Y al fin y al cabo, ¿qué haría la sociedad con la inocencia, con la hidalguía, con la sinceridad y con la justicia? Negarlas, desconocerlas ó man-*

charlas y prostituirlas; en tanto que con el embustero, con el hipócrita, con el astuto y el pícaro, ya sabemos lo que hace; el rey de los salones, el jefe de la banca, el señor del mundo, el dominador de las gentes.

Desde el origen de la historia, las religiones han sido un gran recurso para conseguir, á más de los fines de ultratumba, los propósitos mundanos: y áun con preferencia estos últimos, porque aquellos se entendían como cosa dudosa, sobre todo para los desconfiados y los escépticos, y estos eran cosa comprobada á cada paso por la experiencia. El mundo no ha cambiado; á la religión más bella, más grande, más divina, no se la ha tratado de mejor manera que al fetichismo más grosero: la religión católica, apostólica, romana, sigue siendo embozo de miserias y pantalla para planes criminales y pecaminosos. Por lo mismo que es algo que se respeta todavía, algo ante lo cual se inclina el creyente y á que da precio el hipócrita mismo, se la escoge como mascarilla del vicio y salvo-conducto para la infamia: así es que un rosario, una vela, un puesto en las procesiones, un estandarte de algunas arrobas, unas horas pasadas en el templo y unos fuertes golpes dados sonoramente sobre la pasta del libro de misa ó sobre la cartera en que se esconden en el pecho las claves de nuestra virtud y de nuestra posición social juntamente, son de un admirable efecto ante la sociedad, que guarda toda la malicia para el bueno y derrama todas sus bondades sobre el perverso.

La sociedad trueca las leyes de la vida, poniendo la inconveniencia del lado del provecho moral y haciendo incompatible la cuenta propia con la que debemos rendir ante las gentes. Por eso muchas veces vé el hombre que entre el dictado de su conciencia y la exigencia social, aparece oposición tamaña, que el interés inmediato y público de la vida le impone el sacrificio del particular y ulterior de la conciencia: y entonces, no es raro que, dejando toda responsabilidad al mundo, los espíritus de moralidad ordinaria sacrifiquen el deber personal ante la tentación social y el provecho material de la vida exterior. Esto no acalla esos diálogos solemnes y espantosos que sostiene el malvado con su juez interno y que se llaman remordimientos; pero á más de que el hombre ha logrado encallecer su sensibilidad moral y puede huir de ese acusador eterno al seno del placer, del ruido, y hasta del cálculo sofístico y egoísta, el mundo no oye esos clamores, ni presencia esas luchas de la soledad y del silencio y es fácil ocultárselas tras una sonrisa diplomática de angélico candor y de tranquila satisfacción.

Hombre ó mujer, hipócrita del hogar ó del colegio, la sociedad acepta el tipo, y áun le procura y le forma: por eso en los salones, en las visitas, en los momentos en que las gentes se exhiben, en los templos sobre todo y en las funciones religiosas, la sociedad es bellísima: las mujeres son querubines, los hombres unos bienaventurados: juzgado el mundo por las apariencias, es del alma lo que del cuerpo; ni hay cara fea, ni corazón impuro; más los afeites tapan fealdades del rostro, como el estilo deformidades del alma; y el pincel y la sonrisa, la cascarrilla y las mieles de la frase, esconden cuidadosamente toda monstruosidad, para hacer de las gentes ángeles y de las reuniones cortes celestiales.

Mas ¡guarda! que las rosas tienen espinas; que bajo aquel ondulante raso y aquellos relucientes diamantes, late un corazón hipócrita; y en aquel aliento y en aquel beso de amor, vienen envueltos un miasma de dolor y una baba de muerte.

Convengamos, sin embargo, en que la *hipocresía* es vicio de la vejez: la experiencia lo tiene acreditado, las artes la han robustecido,

y la amargura de esa edad de los desencantos y sus impotencias, la aceptan como recurso de venganza ó como elemento de triunfo. Es natural hasta cierto punto, que cuando no se puede servir para cosa de provecho se sirva para hacer daño; y que cuando no es posible triunfar por méritos reales, se busquen los éxitos con virtudes aparentes. Es una cierta revancha contra los justificados desdeños del mundo; pero es también una cierta máquina de traiciones, que quita á la vejez cuanto tiene de respetable, para sustituirlo por cuanto debe ser temible y espantoso.

Allá vá la solterona, llena de bilis bajo el colorete, engendrando mentiras bajo su disfraz de candorosa: allá vá la vieja á la visita, con su lengua de escorpión bajo sus pálidos labios y la calumnia sobre los restos de una hostia consagrada: allá vá el beato con el peso de sus culpas, superior al de sus huesos, encubriendo bajo su traje negro y su apariencia de modestia, la avaricia que le devora, y queriendo con frases piadosas ó invocaciones al Cielo, alejar de su alrededor la malicia que le señala como expoliador de huérfanos ó estafador del crédito; allá van, en fin, la mogigata, tapando bajo las auroras de un forzado rubor, las tempestades de lascivos deseos; la matrona, llena de moños comprados con el fruto de continuas raterías contra su marido, provocando ajenas lujurias, termómetro asqueroso de sus ruinosos méritos, ya realizados con artificios del tocador; la vieja verde que busca en los nietos pretexto para entrar en un salón de donde la lanzan la edad y el deber, y para ocupar un rincón en que vaciar su maledicencia, que siempre las basuras buscan los puntos oscuros para amontonarse; el papá que disfraza su propio contento con fingidas protestas de violencias y compromisos de la señora y las niñas; el santurrón que aparenta estar retraído, y lanza miradas de codicia al escote pudoroso de la joven ó al descubierto seno de la impúdica; el petrimetre tímido que, bajo la vigilante mirada de la mamá, afecta una traza de acólito, y que en tanto que en el rostro dibuja una expresión de candor sacristanesco, por lo bajo murmura al oído de su bella palabras que maltratan la inocencia ó que provocan al desliz; y por último cuantos representan un papel en la farsa de la vida social, y dan al infierno de las pasiones el aspecto de un paraíso de ángeles.

Tal es la *hipocresía*: ved la distancia que vá desde el corazón leal, la inteligencia sincera, la conciencia crédula y el hombre verdadero que hizo Dios, al hombre mentira, engañador, desconfiado, ingrato y miserable, que ha hecho el mundo.

ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.

LA GRAN CAUSA DEL BELLO SEXO.

Decoración undécima.

GRAN asunto el de esta perspectiva! ¡El amor! ¿Cómo no tratar de esta pasión divina tratándose de la mujer? ¿Cómo no destinarle una decoración completa cuando se trata de su libertad? Por el amor vive la especie humana. El amor nos ha redimido. ¿Podría dejar de redimir al ser que más altamente le simboliza? «Amar ó morir», exclamaba Santa Teresa ardiendo por bienes celestiales. «Gozar ó morir», decía la Duquesa de Berry, ardiendo por los bienes materiales. Entre estos dos polos ha girado y girará la naturaleza femenina en tanto que siga considerada como un ser nacida sólo para el sentimiento. O el cielo ó la tierra, ó Dios ó el diablo, no hay medio, y el cielo nos libre de medias tintas y mezclas y ensaladas de estos dos amores.

Pero, lectoras mías, el tema del amor es muy profundo y extenso y desde Oviedo hasta el último ensayista francés, pasando por Leon Hebreo y Fonseca, se ha tratado hasta la sociedad, y quien más quisiere har-

tarse, no tiene sino engolfarse en las novelas ó poemas pastoriles del siglo XVI, ó acudir á nuestro teatro ó á la biblioteca *venusina* de nuestros novelistas, donde los hay de todas clases y naturalezas, desde los reales á los fregoniles.

Yo sólo voy á tratar del amor entre las inglesas, del amor bajo un cielo gris y en las riberas, no de dorados Tajos ni Pactolos, sino del más negro, espeso y betuminoso de los rios, que en veloz corriente se dejan ir al mar. Ya me parece que oigo decir á alguno. ¿Pues acaso el amor en Inglaterra puede ser distinto que el de los demás países? ¿Por ventura aman las inglesas con el higado en lugar del corazon? Vamos despacio. Yo he visto un diario ó memoria de viajes de una traviesa, vivaracha y observadora andaluza, la cual tenia escrito: «En Inglaterra no puede haber amor, porque no hay ventanas con rejas.» Esta observacion de nuestra compatriota encierra un volumen. ¿Cómo demonios, diria ella acostumbrada á pelar la pava en Andalucía y á tener tantos novios como dias de fiesta el año, cómo demonios, digo, amará esta gente? Ya se vé, que, por lo ménos, en la forma es distinto el amor bajo las nieblas del norte crudo, que no permite á un amante rondar la calle con paraguas á cuestas, ni pasarse toda la noche al pié de rejas que no se usan ni conocen. Pues si tal sucede en la forma, veamos en la sustancia ó fondo, y sirvanos el mismo diario de nuestra encantadora viajera. «Dia tantos... fuimos á visitar á la señora Tomson. No estaba en casa, pero en cambio nos recibió su bellísima hija Alicia, jóven de unos diez y seis años, rubia como una espiga, con dos turquesas por ojos, la cual estaba al lado de una amorosa chimenea, y una mesa ó veladorcito cuajada de revistas y periódicos ilustrados, amen de una botella de Jerez y otra de Oporto, con algunos bizcochillos de *Palmer*, y en el otro extremo se hallaba un jóven, que supusimos debia ser hermano, pues estaban solos y aparentaba la mayor familiaridad en la casa.

En el curso de la conversacion supimos que no era hermano ni pariente, sino el prometido. Fué tal nuestro asombro al saber esto, que mi madre, inquieta, dejó caer el velador, y yo sin saber, como, hice trizas el pañuelo. Al salir encontramos á la señora, y reprendiéndola el abandono increíble de dejar á su hija en casa, sola, y con un caballerito, soltó una carcajada de corazon y nos dijo por toda excusa y respuesta: «¡Toma! ¡Si son novios!»

Resultado, que nuestra compatriota regresó á España sin poder explicarse lo que era amor entre las inglesas. Véase, pues, si es necesario un curso para describir el amor en Inglaterra. Y no se crea, como sienten muchos que hay privilegios de raza para apasionarse más ó ménos y que las meridionales solas gozan de este favor. Pasiones fuertes son tan comunes en el Norte como en el Mediodia, y más fuertes si cabe, porque ahondan más en el alma que en los sentidos. Galanteos, ideas exageradas de honor, desafíos, amores novelescos, grandes sacrificios, constancia y heroismo de parte de los amantes, los ha habido en Inglaterra con tanta ó más profusion que en cualquiera otra sociedad de Europa. En punto á finezas y locuras por agradar y poseer la mujer amada, quizás ningun pueblo pueda presentar una lista más numerosa de héroes. Hoy mismo que tan prosaica y materialista parece la sociedad inglesa, abundan ejemplos de enamorarse una dama aristocrática de su *groom*, de ofrecer hombres opulentos á porfia su mano á cualquiera actriz celebrada por su talento ó su hermosura, de haber mil pretendientes á una jóven que adquiere fama en algun proceso criminal del que sale absuelta, y hasta hemos visto á una dama inglesa de gran fortuna prendarse de oidas del general carlista que llamábamos el *Tigre del Maestrazgo*. Si el clima y la arquitectura del Norte no permitian las escenas amorosas que en nuestras villas y ciudades del Sur, lo que les faltaba de verdadero suplian con lo fantástico y su teatro aclimató casi todos nuestros dramas y comedias de capa y espada, y la mayor parte de sus escritores como *Whicheyly*, *Congreve*, *Beaumont*, *Fletcher* y otros, escogieron argumentos españoles para contentar el gusto romántico del público, y cuando en España se aplaude el *Si de las niñas*, y Breton de los Herreros avasalla la escena con sus sencillos cuadros de nuestra vida social y calificamos de extrava-

gancias monstruosas los dramas de Echegaray, los ingleses piden mostaza y más mostaza en la literatura, cataclismos sobre cataclismos en el teatro, hasta el punto de que una traduccion de *La Cruz del Matrimonio* de Eguilaz, se devuelve con la nota, de que es agua chirle, un simple idilio de familia.

No demos pues diplomas de corazon ni patentes de fogosidad á las meridionales en perjuicio de las bellas del Norte. Tambien hay amor sin rejas. El fuego es igual, sólo que está más ó ménos concentrado. Puede haber corteza de hielo que lo oculta; pero esto le hace más intenso y brota con más fuerza cuando se rompe la nieve. Si tenemos más calor en la superficie en el Verano, tambien nos dicen los fisiólogos que es porque el centro está mas frío. En Invierno es al revés, y esto es lo que pasa con las pasiones en las mujeres del Norte y del Mediodia. Del agua mansa nos libre Dios, dice la experiencia. Lord Byron llama á las inglesas románticas que no se detienen en barras ni en traspasar los límites de la razon. Como su pasion es más artistica, por lo mismo que reside más en la cabeza prefiere deslizarse pacíficamente en los corazones más bien que tomarlos por asalto; pero ¡guay cuando se rompe el hielo y juega toda la artillería de sus seducciones!

Volviendo á nuestro tema: Inglaterra conoció la hidalguía, las leyes del honor, la fuerza irresistible de la belleza, la supremacia del sexo bello. Inglaterra tuvo sus poemas, sus delirios, su adoracion de la mujer como cada hija de vecina entre las naciones que forman la llamada sociedad culta; pero como de todo habia de haber en el concierto, drama ó comedia de la civilizacion europea, ella quiso representar el papel de *Juan Toro* mientras nosotros seguimos con el de trovadores, ó en otros términos, tomar el papel de Sancho y dejarnos el de Quijotes. Realmente quienes cambiaron fueron los hombres, que las mujeres en todas partes quieren dominar y ser adoradas. ¿Qué debia suceder en un pueblo donde el Sol, las estrellas, todo lo que brilla; las montañas, todo cuanto puede inspirar á un poeta, tiene el triste aspecto de un acreedor? Así lo dice el cantor de Don Juan, y no seré yo quien piense en contradecirle. ¿Qué más quisieran los pobres insulares que pasarse el año en mangas de camisa, ó por lo ménos con ropas ligeras, tocando la zampoña tras de las zagalas en el campo, ó serenando á las bellas con un laud en las poéticas rejas ó celosías, con su quimera por celos á cada minuto, y repartimiento de cuchilladas y mandobles á la pálida luz de la romántica y callada Luna, seduciendo aquí una Doña Elvira, allí una Zerlina, y acullá una doncella tras de *vendimarse* al padre; como hace nuestro Don Juan español!

Pero el galanteo requiere formas estéticas y escenario adecuado. No está bien enamorar con un paraguas abierto, con el pantalon recogido por causa del lodo, expuesto á tiznarse la mano al tocar á la reja cayendo copos de hollin en vez de gotas de rocío, con un mal farol de gas por todo un cielo estrellado; escuchando el ruidoso silbido de las locomotoras en vez del canto del ruiseñor ó de la enamorada tórtola y teniendo á cada instante la aparicion repentina del prosaico guardián del orden público que dice: «Paso franco: ó atrás ó adelante.» Esto es capaz de apagar fuegos hasta en el corazon mismo de Romeo. ¿Ni cómo podia arrullar el enamorado breton á su inocentísima paloma sentado en las márgenes del rio Támesis, por todas partes llenos de almacenes de cueros, sebos, carbon ó quesos de Flandes? ¿Ni cómo sabrá decirla como nuestro Don Juan á su bella Inés:

¿No es verdad ángel de amor,
Que en esta apartada orilla
Más pura la Luna brilla
Y se respira mejor?

¡Luna! Los ingleses no están acostumbrados á estas gollerías. En cuanto á respirar mejor, se necesita mucha dosis de fantasia para figurárselo, en un país lleno de humeantes chimeneas, donde se puede tomar la niebla con cuchara.

Tenia razon nuestra bella andaluza. No puede haber amor donde no hay rejas, sólo que en su inocencia no sabia distinguir el amor simple del amor considerado como una de las *bellas artes*, ó como una profesion. Este, sí, necesita rejas y jardines y balcones y

escalas, y escuchas y dueñas y Sol brillante y lunas llenas, y serenatas y oposicion de los padres, desesperacion de las hijas, celos, desafíos y por último, escapatórias. Parte de este conjunto artístico y dramático la presta el clima y parte la imaginacion abrillantada por su calor en una juventud ociosa, que vive de sus rentas, donde el galan puede hacer del loco y del desesperado y del oso, pasándose treinta años de la vida en cursos prácticos de galanteos, sin más en que pensar que en rondar calles, escribir billetes y emplear ese lenguaje sutil, almidonado y conceptuoso que tanto fascinaba á nuestras damas, como el llamar al sombrero coronel de las cejas, la frente campo Eliseo, las cejas arco iris, los ojos soles, ó al modo de estos versos que en materia de finura amorosa recitaba un hijo del Bétis á un hijo de Albion:

«Si vieras tú como yo
Dos estrellas animadas,
Llover perlas en claveles
Por dos caminos de plata;
Si vieras entre suspiros
Que con una mano blanca,
Limpiaba soles un lienzo
Que el dolor bañaba en agua:
Si vieras unos cabellos
Que descompuestos bajaban,
A servir de celosías
Porque dos niñas se bañan.»

Por cierto que el pobre inglés se quedó, y aún hoy lo está, en ayunas del catálogo, pensando cómo demonios podía haber caminos de plata en el rostro de una mujer donde lloviesen perlas en claveles, ni dónde tantos soles que se pudiesen limpiar como quien limpia el suelo con aljocifas, ni qué niñas eran esas que se bañaban sin peñador en público, teniendo que taparse con cabellos á falta de un buen par de sábanas. Lo más que llegó á entender es que la jóven lloraba; pero como hombre positivo decia, que las lágrimas, despues de todo, no son más que un compuesto de carbonato y no sé qué otras sustancias que en ellas ha analizado la química.

En efecto, para ver todas estas cosas se necesita de un Sol del Senegal, ó estar el corazon en el periodo de la canícula, como el buen Don Quijote que tomaba las cuentas de vidrio de Maritornes por perlas orientales. Esto explica la estupefaccion de las inglesas cuando oyen un requiebro de los clásicos de nuestra tierra, como aquel dirigido á una bella de ojos negros y hoyitos en las mejillas, que dice que los ojos vestian de luto por los asesinatos de amantes que habian cometido, y cuyas almas estaban encerradas en aquellas dos breves sepulturas. Creo que no hay diez entre cien personas en Inglaterra que comprendan este piropro, aunque se establezca una asignatura en la universidad para solo ella.

Pero hagamos fondo á esta perspectiva. El amor será más exigente y dominante, más explosivo é ingenioso en las mujeres meridionales. Por eso tienen los ojos y el cabello negro ó castaño-oscuro. Ese fuego que los tuesta, se echa de ménos en el corazon. En el Norte, donde se concentra, los ojos y el cabello representan frialdad, pero en cambio hay más rescoldo en el interior.

La vida no es nada sino es amor para las primeras. La naturaleza externa se lo enseña y se lo canta en todos los lenguajes y tonos, y la sociedad que las considera inferiores en todo, consiente en elevarlas un trono, y hacerlas reinas mientras dura su juventud y sus gracias, con el correspondiente cortejo de esclavos y lisonjeros que las ahogan á puro incienso. Amar ó morir si sirven á Dios en el claustro; amar ó morir si sirven al diablo en el mundo; y amar ú odiar, que es lo mismo, si sirven á dos amos, que el corazon de la mujer es tan grande que tiene cabida para todo. La mujer del Norte vive tambien para amar, pero nada de morir en su defecto. Entre su corazon y su cabeza, hay cierta *entente cordiale*.

La naturaleza que le rodea no es un canto de amor, sino un graznido. No la enseña á confiar sino á ser cauta.

Es preciso suplir por el arte y la industria los placeres, goces y bellezas risueñas con que canta un himno perpetuo á Venus, el clima que produce el azahar y las azucenas, y por eso la mujer del Norte es más reflexiva, porque tiene otras cosas en que pensar.

Pero este asunto tiene tambien muchas vueltas y revueltas, y cae el telon sobre esta perspectiva.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

Madrid: 1878.

EL REALISMO Y EL SENTIMENTALISMO.

CONDICION es de la humanidad la lucha entre encontradas pasiones y diversos sentimientos. Condicion es de la instabilidad del pensamiento humano dejarse llevar por la corriente de la idea nueva, y aceptar como principio una exageracion que constituye un error.

La sociedad sostendrá siempre la tenaz porfía entablada entre D. Quijote, que todo lo espera del sentimiento, y Sancho que todo lo busca en la realidad.

Este es, aparte de sus relevantes méritos, el secreto de la inmortalidad del libro de Cervantes: que encarna en sus páginas el espíritu social, no de su época ni de cualquiera otra, sino el espíritu social de siempre.

Exagerando hasta el sentimentalismo la idealidad del sentimiento, se preparó el terreno á la escuela realista, esto es, á la exageracion de la realidad.

La exageracion, si, pues la vida real no es, afortunadamente, tal como el materialismo nos la presenta.

Al pasar en silencio sus apacibles afectos, sus dulces virtudes, sus sencillas prácticas, su fé religiosa y sus celestiales esperanzas, hacen de sus dudas una pincelada de sombra que borra el claro-oscuro del cuadro social.

Los apóstoles del realismo no comprenden, ó no quieren comprender, la poesía del bien, que engalana, independientemente de la voluntad de que se produce, los corazones en que se alberga, y los pensamientos que á su contacto se perfuman.

No ven, ó no quieren ver, que la verdad tiene sus idealismos misteriosos, sus aspiraciones elevadas, positivas en su esencia, aunque inmateriales en su forma, y que estos idealismos nadie ha pensado en imponerlos como dogma social, pero á nadie tampoco ha ocurrido desvanecerlos como peligrosos para las conquistas de la razon, á las cuales, lejos de oponerse prestan el concurso de su encanto.

Es indudable que aún en las aberraciones más incomprensibles, una inteligencia poderosa y una palabra brillante deslumbran siempre, y como las multitudes están ávidas de lo nuevo, los propagadores de la idea realista han hecho innumerables adictos, que acaso más que de su escuela, lo sean de su talento.

Dirigiendo sus dardos, más bien á la imaginacion que á la razon, aunque tambien suelen darse aire de racionalistas, llegan con su palabra fria y sarcástica al seno de las sociedades y denunciándoles como ridículo el sentimiento, matan en el corazon del pueblo, lleno de sencillas preocupaciones, confiado en suaves creencias, las bellezas de la tradicion y los encantos de la fé, pues sólo una alta ilustracion puede evitar que á la duda en la bondad humana, se siga la duda en la revelacion divina.

Su obra no es, como pudiera esperarse, ensalzar cuanto hay en la vida real de bello y de bueno, sino presentar como realidad absoluta cuanto hay en ella de criminal y miserable.

Ni una sola nota dulce hay en esa vibrante armonía que dicta la duda y escribe el sarcasmo sobre el pentágono social; ni la más pequeña indulgencia para las faltas denunciadas en esa acusacion inmotivada de los extravíos humanos; ni el respeto que inspira el temor de llevar al pensamiento ageno la amargura de la decepcion propia.

De aceptarse esa escuela con todas sus consecuencias, el arte muere en sus más bellas manifestaciones, pues el objetivo del arte es la belleza ideal, el anhelo impalpable por lo que creemos más perfecto que el mundo que tocamos.

El libro, despojado de la poesía de lo desconocido; el lienzo á que se niegue la vaguedad de lo ideal; la música que reproduzca las armonías generales, sin admitir las abstractas; el drama que copie la pasion vulgar; la estatua que realice la idea sensualista en su desnudez grosera, no podrán encerrar jamas ese destello soberano que palpita en transfusion misteriosa por las obras que inspira el sentimiento.

En esas condiciones revelarán la inteligencia del hombre, pero no el aliento creador del genio.

¿Los sectarios del realismo al propagar sus doctrinas cuentan, sin duda, con la igualdad de condiciones intelectuales de su auditorio?...

¿Al despojar de su manto de ilusiones y de sueños al esqueleto de la realidad, juzgan que han de tener la misma expresion las miradas que se le dirijan? ¡Error!...

La inteligencia procurará estudiar la vida social bajo su nueva faz ántes de aceptarla; el entusiasmo la rechazará sin previo estudio; la ignorancia aplaudirá sin comprender; la indiferencia la dejará pasar para olvidarla despues.

En realidad, la idea que hoy nace no merece una gran preocupacion.

El realismo pasará como pasó el sentimentalismo, y en pos de la escuela materialista surgirá de nuevo, disfrazado bajo otra denominacion, el extinguido romanticismo.

Avanzar y retroceder....

Tal es el destino humano!...

Al pasar el realismo, pasará hasta su memoria.

No tiene historia, puesto que nada crea.

Escarnece la sociedad actual haciendo de sus retratos caricaturas, y para ser en todo inconsecuente, al proclamar el imperio de la realidad, esto es, de la verdad, prescinden en todo de ella.

Quieren combatir de muerte las tradiciones que respeta el género humano, y sus inculpaciones, que no prueban, quedan tan oscuras, como ininteligibles sus palabras.

Quieren que la sociedad se vea á si misma en sus cuadros, y la sociedad cierra los ojos para no escarnecerse!

Quieren negar una creencia, y huyen de su exámen; quieren afirmar, y para no desmentir sus teorías como la afirmacion es abstracta, de ella hacen brotar la duda; quieren decir *yo*, y se ven precisado á pronunciar ántes el *no*.

Vacilando entre la soberanía de la razon y el ideal de esa soberanía; entre el *yo* y el *no yo*; entre el *objetivo* y el *subjetivo*, no saben á donde van, ni se explican lo que se proponen.

En la generalidad de sus negaciones, se envuelve otra generalidad de concesiones.

Como al realismo falta la fé y la esperanza, fácilmente admiten el error, si este error responde á alguna exigencia de su doctrina, que diciendo apoyarse en lo real, sólo no admite la verdad de la realidad.

La culpa no es suya; el materialismo grosero es una consecuencia natural del idealismo ridículo.

Una exageracion venga á la otra.

Pero entre ambas, la verdad que es luz, que es poesía, que es sentimiento, puede elevarse, y ser regla y norma de las sociedades.

La vida real no es ni el sueño de los poetas, ni el conjunto de pasiones brutales y pequeñas miserias que nos señalan los materialistas; la vida de un pueblo religioso y digno, tiene que apoyarse en bases más sólidas que

las que puede prestarle la fantasía, pero más seguras y elevadas que las que le muestra el realismo raquíptico de nuestros dias.

PATROCINIO DE BIEDMA.

Á LA REINA MERCEDES.

Mucho te envidió la gente,
Que harto su envidia derrocha,
Cuando ibas, niña inocente,
Desde la Virgen de Atocha
Hasta el palacio de Oriente.

Llevabas velo nupcial
En aquel dichoso día:
Llevabas coronal real:
Y en el alma la alegría
Que es corona sin rival.

Despues la pálida muerte
Entró en tu regia morada,
Eras joven, bella, fuerte:
Fuiste tierra, polvo, nada,
Sombra muda y cuerpo inerte.

Muy breve fué tu reinar,
Y muy breve tu vivir,
Pensaba el buen popular
Que te vió en palacio entrar
Y á poco te vió salir.

En él se queda tu imperio,
En él la luz de tus ojos,
Que de la muerte el misterio,
Reclama ya tus despojos
Para el viejo Monasterio.

Pasaste y lloró la gente,
Que aún hay quien sabe llorar,
Diciendo con voz doliente:
«Ya no volverás á entrar
En tu palacio de Oriente!»

Para tí bienes y males,
Dichas y desdichas todas,
Son ya, pobre Reina, iguales,
Que se acabaron tus bodas
Y empiezan tus funerales.

«No tendrás velo nupcial
Pobre Reina la de un día
Ni tendrás corona real
En esa bóveda fria
Del panteon del Escorial.»

Así habló la muchedumbre
Tendida en fúnebre hilera;
Despues, como si quisiera
Aplacar tu pesadumbre,
Prosiguió de esta manera:

«Pero templa ese dolor
Que aunque pierdas un palacio,
Otro te guarda mejor
Allá en el azul espacio
La grandeza del Señor.

»Levanta las trenzas bellas,
Borra de tu palidez
Las tristes, cárdenas huellas,
Que vá á iluminar tu tez
Una corona de estrellas.»

Dijo, y no logró la gente
Convencerla que vá en pos
De otro palacio esplendente:
¡Iba risueña al de Oriente
Y vá muerta al de su Dios!

Y es que toda despedida
Cuando no se ha de volver
Es muy triste y muy sentida:
¡Que cuesta mucho perder
Los cariños de la vida!

FRANCISCA DE SARASATE.

Madrid: 1878.

VIVIR AQUÍ NO ES VIVIR.

EN LA MUERTE DE MI ADORADA MADRE.

I.

¡Ay de mí! que ni llorar
De tanto llorar, ya puedo...
¡Ay de mí! que al despertar
Del sueño de mi pesar
A este dolor tengo miedo.
Ayer mi madre querida
Daba á mi pecho calor
Y hacia la fé bendecida
Ella, mi bien y mi vida,
Me llevaba con amor.
Su consejo era mi encanto,
Su voz para mi la gloria
Y tanto la amaba, tanto,
Que será eterno mi llanto
Y el pesar será mi historia.
¡Mi madre... qué desconsuelo!
Se alejó y por más que miro
Ya no la hallo en este suelo...
Suspiro, y llega hasta el Cielo
El eco de mi suspiro.
Eco que causa alegría
Y que misterios encierra,
Si pudiera, madre mía,
Mi vida yo te daría
Para volverte á la tierra.

II.

Al espirar me miraste
Dulcemente, pero triste,
En la frente me besaste,
Con tus brazos me estrechaste,
Y tu bendición me diste.
«Cristiana resignación»
Me digiste balbuciente
En tan suprema ocasión,
Y aunque oprima el corazón
He de ser madre obediente.
Por más que el alma taladre
Ya se consiguió tu anhelo,
Que era, idolatrada madre,
De nuevo unite á mi padre
En los edenes del Cielo.
Desde esa mansion podeis,
Al Dios de amor, al Dios fuerte,
Implorar por los que veis
Llorar, y así alcanzareis
Consuelos para en su muerte.

III.

La vida sin el amor
Paterno, del bien la palma,
Es como planta sin flor,
Como rosa sin olor,
Es como un cuerpo sin alma.
Por eso los que os amaron
Hijos que de vos nacieron
Y en vosotros se miraron;
Cuando del mundo os llevaron
Frio de muerte sintieron.
Más como la voz potente
Del espíritu, rebela
Con luz intensa, esplendente
Que hay otra vida, se siente
Resignación que consuela.
Por eso yo aunque llorando
Cercana la calma advierto,
Y estoy siempre en vos pensando
Y con afán aguardando
Que mi nave llegue al puerto.
Vivir aquí no es vivir
Es presentir otra vida
Y con penar y sufrir
Desear pronto morir
Para hallar dicha cumplida.
Hoy esta separación
Que causa tantos dolores
Á mi triste corazón,
Servirá de espaciación
De mis pasados errores.
Muy pronto madre adorada
Yo contemplaros espero
Con mi padre y rodeada
En la divina morada,
De cuantos aquí yo quiero.
Hasta tanto lloraré
Y con afanes prolijos

Vuestros hijos cuidaré,
Y á la par enseñaré
Á orar por vos á mis hijos.

JESUS PANDO Y VALLE.

Oviedo: 1877.

A....

Pide Lesbia, que el *globo de topacio*
Que del éter azul se enseñorea,
Nos retire la lumbre con que crea
Los infinitos seres del espacio.
Pídele al rayo caminar despacio,
Pídele á la mente denegar la idea,
Pídele al magnate visitar la aldea,
Pídele al pastor que viva en el palacio;
Pídele tú que sus aguas vuelva el río,
Que el ruiseñor no cante en la espesura,
Que la vida se funda en el vacío:
Mas no lo pidas, no, porque es locura,
Que ceda de tu amor el pecho mío,
Que deje de imantarme tu hermosura!

JOSÉ JURADO Y PARRA.

Baeza: 1878.

UN DUELO FRUSTRADO.

POR

AUGUSTO FUCHEY.

Á LA ILUSTRE SEÑORA Y EMINENTE ESCRITORA
PATROCINIO DE BIEDMA.

Lorsque les personnes d'un vrai
mérite, lorsque les bonnes âmes se
rencontrent pour la première fois,
elles ne font point connaissance;
on peut dire qu'elles se recon-
naissent comme de vieux amis
qui n'étaient séparés que par l'é-
loignement ou par l'inégalité des
conditions.

Xavier de Maistre.

I.

Era el año 1820. Durante el Estío algunos alumnos in-
ternos del colegio Rollin de Lyon, proyectaron ir á bañar-
se en el Ródano antes de partir para las vacaciones, y
luego cenar juntos en el hotel de Ginebra, situado en el
muelle.

Se acordó igualmente, por unanimidad, que la partida
de placer tendría efecto el día de la distribución de pre-
mios, siendo la cita general en el café Francés á las cin-
co en punto de la tarde.

El premio y las coronas, debían ser precisamente depo-
sitados á la puerta de dicho café, para no excitar la en-
vidia y promover discusiones entre la alegre asamblea, en
la cual los laureles estarían en minoría.

El día y hora convenidos, todos concurrieron á la cita.
Doce voces respondieron entonces al llamamiento de los
respectivos nombres de aquellos, hecho por el designado
como presidente al cual apenas se le distinguía un ligero
bozo, que si se miraba con detención, cualquiera podría
descubrir en él un sombreado artificial. Allí se bebió cer-
veza á discreción, se rió, se cantó, se habló de todos los
profesores en general, y del provisor en particular; y
cuando sonaron las seis, los aturdidos jóvenes se dirigie-
ron hacia el Ródano para bañarse.

Julio de Montrevel y Edmundo Bussiérés, se habían
arrojado al agua el uno cerca del otro.

—¡Si me ahogo..., gritó Julio, he aquí una gran ocasión
de ganar la medalla... sacando una cabeza!

—Te ruego no uses chanzas de ese género, dijo Edmun-
do en el acto, prometiéndose al mismo tiempo no perder
de vista á su camarada.

Edmundo Bussiérés era hijo único de un capitán retira-
do. Alto, robusto, lleno de audacia, sobresalía en todos los
ejercicios del cuerpo por una agilidad sorprendente. De
carácter recto, era también el árbitro supremo en todas
las cuestiones y no temía, sobre todo, proteger á cualquie-
ra, cuando se apercibía de que un *grande* oprimía á un
pequeño. En tales casos una granizada de puñetazos caían
sobre la espalda del tirano, y no pasaba ordinariamente,
hasta que aquel le pedía gracia.

Edmundo contaba á la sazón quince años. Tanto sus
profesores como sus compañeros lo querían mucho, pero
su íntimo amigo era Julio Montrevel, que tenía un año
ménos de edad que él.

Rubio, delicado, nervioso é impresionable como los
criollos, y de una inteligencia rara, Julio era comparati-
vamente débil, y la amistad que le ligaba á Edmundo,
confirmaba superabundantemente la ley de los contrastes.

Después de media hora, poco más ó menos de estarse
bañando, los dos amigos se recreaban á cual mejor, de-
mostrando su destreza á los numerosos curiosos estaciona-
dos á lo largo del puente Morand, cuando de repente Ju-
lio Montrevel, que se había alejado bastante de la orilla
del río, á pesar de la recomendación de Edmundo, lanzó
un terrible grito y desapareció. Un segundo después dejó
ver uno de sus brazos levantado fuera del agua, que agitó
un instante... y luego nada más...

Edmundo Bussiérés, hábil nadador, sacudió su cabelle-
ra chorreando agua, y se dirigió con todas sus fuerzas
al lugar donde el Ródano había tragado al infeliz Julio.

La multitud, que lo había visto, gritaba ¡Sumergios!...
¡pero sumergios luego!... Se vá en vuestro socorro.»

En efecto, se acababa de desatar una barca que estaba
amarrada á la orilla y avanzaba rápidamente dirigida por
dos vigorosos remeros.

Edmundo desapareció á su vez.

Los espectadores de aquella escena se hallaban en una
ansiedad imposible de describir.

Los demás alumnos compañeros de Julio y Edmundo,
habían ganado la orilla y miraban hacia el sitio del suce-
so con los ojos fijos, las manos juntas y mudos de espanto,
esperando un resultado fatal.

Tres minutos se pasaron así, que fueron para todos un
siglo.

Al fin apareció primero una cabeza, una forma se di-
bujó después sobre el agua; y por último, se vieron dos
cuerpos.

Los gritos de ¡salvados!... se hicieron oír en medio de
la multitud, mientras que lloraban y se abrazaban en la
orilla los discípulos de aquellos.

La barca avanzaba con gran rapidez. Cuando se hallaba
á algunas brazas de ellos, uno de los patrones de la misma
se arrojó al Ródano; y haciendo un violento esfuerzo, sa-
có los dos cuerpos encima del agua, y los introdujo en
la barca, donde el otro patron acabó de colocarlos in-
continenti.

Julio, por desgracia, no daba ninguna señal de vida
Edmundo sólo se había desmayado.

La barca abordó al fin.

Un médico á quien se había llamado precipitadamente
acababa de llegar con todos los objetos y cordiales nece-
sarios; de suerte que el ahogado abrió los ojos al cabo de
diez minutos.

Edmundo ya había recobrado también el conocimiento,
y llamaba á su amigo Julio.

Cuando todo peligro hubo desaparecido, un coche llevó
á los dos amigos á la enfermería del colegio, y allí se le
prodigaron todos los cuidados posibles.

Al día siguiente, Julio y Edmundo partieron para sus
respectivas casas, como época de vacaciones.

II.

Algunos días después, una carta que llevaba el timbre
de Saumur llegó á Tolosa en cuyo punto habitaba la fami-
lia del capitán Bussiérés.

—¡Ah! he aquí nuevas de Julio, se limitó á decir Ed-
mundo, haciendo saltar el sello de la carta, y leyendo des-
pués las siguientes líneas:

«Caballero Edmundo,

»Mamá se halla todavía demasiado conmovida para
poder escribros; pero yo que soy más valiente, puesto
que soy más joven, en su nombre y en el de todos sus hi-
jos, os doy gracias de rodillas por haber salvado á nues-
tro pobre Julio cuando se ahogaba en el Ródano.

»No hay expresiones que puedan traducir lo que noso-
tros experimentamos en estos momentos; por lo tanto, ma-
má os suplica ahora, esperando veros en Lyon á la nueva
apertura de las clases, que aceptéis con gusto el modesto
recuerdo que nosotras dos hemos hecho á toda prisa.

»No lo abandonéis jamás, Edmundo, pues él os llevará
la dicha en el curso de vuestra vida, y voz pensareis en la
madre y en la hermana de vuestro mejor amigo.

»Hasta luego, caballero Edmundo; mi hermano os escri-
birá á fines de esta semana.

»Os ruego de nuevo que admitáis de parte de mamá y
mía, la expresión de nuestra más viva gratitud.

Eugenia Montrevel.»

Durante la lectura de esta carta, Edmundo había oído
varias veces algunos sollozos.

Al levantar la cabeza, el capitán, su padre, enjugaba
los ojos.

Su madre lo tomó seguidamente en sus brazos exclamando:

—¿Porqué no nos has dicho nada de todo esto? ¡Mal hi-
jo!... ¿Querías, pues, impedirnos que nos enorgullecié-
mos de tí?... inundándole al mismo tiempo de lágrimas y
caricias.

—¡Mil millones de bombas!... déjame abrazar á mi vez, gritó el capitán tomando una actitud solemne y diciendo:

—«¡Edmundo!... tú has nacido el 2 de Diciembre de 1805, cuando yo cepillaba á los rusos y austriacos en Austertitz... por lo tanto tú no podías dejar de ser un *La-pin!*... Ven á mi corazón, ven hijo mío!... el capitán Bussières está orgulloso por haberte dado el ser!...

Y lleno de entusiasmo, estrechó á su hijo contra su pecho cubierto de cicatrices.

El recuerdo adjunto á la carta, era un escapulario de terciopelo de Venecia, de forma ovalada, sujeto por una doble cadena de oro.

Dos maravillosos dibujos, dos pequeñas miniaturas, representaban, el uno la Virgen de la silla con una plegaria manuscrita; y el otro el episodio del Ródano con estas palabras debajo:

«Testimonio de eterno reconocimiento de la familia Montrevel al caballero Edmundo Bussières.

»Cármén Villemore, viuda de Montrevel.»

Agosto: 1826.

—¡Hijo mío!... dijo la señora Bussières; júrame no separarte jamás de esta reliquia.

Y Edmundo que amaba apasionadamente á su madre, repitió en voz alta el voto que la buena mujer pronunciaba en voz baja como una plegaria.

—¿Acabareis luego de hacerme llorar?... mil batallones de kinsersliks!... gritó de nuevo el veterano, contemplando aquel cuadro que Dios debió bendecir desde el cielo. . .

III.

El 7 de Octubre de 1866 tenia lugar un baile en el castillo de la Girandière, situado en una altura á dos kilómetros de Saumur en la orilla del Loire.

Los salones se hallaban resplandecientes de luz, y la orquesta dominaba el ruido de la lluvia que á la vez caía á torrentes azotando las paredes.

El viento rugía con violencia y la noche era espantosamente oscura, pero nadie pensaba en el exterior.

Los bailes se sucedían rápidos y seductores, las conversaciones eran animadas, y por todas partes no había más que alegría y esa embriaguez del amor propio, constituyendo lo que se llama placeres del mundo.

Eran las dos de la mañana.

De repente gritos de angustia resonaron en los patios del castillo, que fueron aproximándose poco á poco á los corredores, viéndose á la vez los criados precipitándose en los aposentos, azorados y con la voz jadeante, diciendo: ¡Salid!... salid pronto!... el Loire se ha desbordado, y el agua gana la gradería y sube rápidamente!...

No es posible describir el estupor, la desesperación que se apoderó al momento de todos los concurrentes al baile, principalmente de las mujeres.

Enterados algunos hombres de lo que ocurría, gritaron: «¡Señoras!... conviene que ninguna de vosotras salga... vuestra salvación se halla á este precio, y os suplicamos que tengáis prudencia y no os precipitéis.»

Se habían abierto las ventanas del salón y se oía un ruido sordo, confuso, como el rodar de un trueno lejano, extraño, terrible y creciente á cada segundo.

Un silencio mortal había sucedido al espanto.

Las mujeres oraban poco despues.

En estos instantes solemnes un relámpago iluminó el espacio desgarrando las nubes.

Por fortuna de todos desde la noticia de la catástrofe, un joven, teniente de la escuela, un hombre activo, se había encargado de organizar el servicio de salvamento.

En efecto, un cuarto de hora despues, todos habían podido pisar tierra firme y los carruajes volver á tomar el camino de la ciudad de Saumur.

Terminado este acto humanitario, el mismo oficial había vuelto á meterse resueltamente en el agua, para ayudar á la servidumbre del castillo á hacer salir á los caballos y al ganado de las cuadras.

Gracias á su energía, á su admirable calma y á la inteligente dirección que supo dar á los trabajos, no hubo que deplorar ninguna desgracia, ninguna pérdida importante.

Pero al día siguiente, cuando se quiso conocer el nombre del salvador, nadie lo recordaba. Se sabía solamente que era un oficial.

Mientras todos se entretenían en referir los diversos incidentes de la noche pasada, Berta, linda niña de unos diez años, exclamó:

—Yo solo sé que ese caballero tenía un escapulario pendiente del cuello por una cadena de oro, pues yo misma lo he llevado al guardarropa al recoger sus vestidos que había dejado en el suelo.

IV.

Ocho días habían trascurrido de este suceso.

Una noche en el café Veron, en Saumur, varios oficiales

hablaban de las últimas corridas de caballos, discutiendo sobre el valor de los presentados.

—Pamela es ciertamente de mejor raza que *Colibrí*; *Arabella* habría vencido á *Friedland* si fuese mejor montado.

—¿Qué animal tan valiente! decían de un lado.

—¿Es una fortuna! decían del otro.

En medio de esta conversacion, sostenida exclusivamente entre militares, se oyeron distintamente estas palabras lanzadas como un desafío:

—¡*Arabella* no es más que un rocín!

Todos los oficiales se levantaron de repente como por resorte.

Uno de ellos, Miguel Bussières, se adelantó hacia un círculo de paisanos sentados en un círculo de la sala, y dijo:

—¿Es aquí donde han hablado?

—Es aquí... respondió un joven levantándose y aproximándose al teniente Bussières.

—¿Seríais vos por ventura?...

—Yo mismo... respondió otra vez lacónicamente.

—Entonces... es un agravio lo que me habeis dicho... sois un insolente señor *sport-man*.

A pesar de la intervencion de algunos amigos para impedir un conflicto más grave, el paisano, que era un joven abogado de la ciudad, con los labios cubiertos de espuma y los ojos inyectados por la cólera, gritó mientras lo arrastraban hacia fuera:

—¡Recibireis mis testigos mañana por la mañana, caballero que usa sable!...

Otros condujeron al joven oficial á otra parte, y, bien pronto quedó desierta la sala del café.

Al día siguiente se convino en que la cita tuviese lugar al inmediato, pues este tiempo era necesario para arreglar las condiciones del duelo y para dejar á los adversarios que dictasen sus disposiciones.

Debían batirse con espada.

A la hora convenida, dos carruajes llegaron juntos al sitio escogido de antemano.

Los testigos se pusieron á conversar mientras el oficial y el abogado se quitaban sus levitas.

Entre los concurrentes se hallaba un cirujano que se mantenía á cierta distancia. A su lado un caballero tenía las espadas envueltas en una vaina.

Seguidamente los testigos midieron las armas y las pusieron en las manos de los dos combatientes.

—Señores, dijo entonces uno de los primeros: como todo lo hecho para impedir este encuentro ha sido inútil, y nuestros esfuerzos han salido frustrados, el duelo no cesará sino en caso de muerte ó herida grave.

En el momento que el teniente Bussières se quitaba su uniforme, un testigo del abogado que lo miraba maquinalmente, le había visto quitar también un objeto de su pecho que trataba de sustraerlo á las miradas de todos.

Tan pronto el otro testigo hubo acabado de hablar, exclamó:

—Señores, un hecho que quizá de los que estamos aquí yo solamente conozco, me pone en el caso de intentar una nueva reconciliación. Teniente, ¿estábais en el castillo de la Girandière en la noche del 7 de Octubre?

—Sí señor, respondió con calma el joven oficial; pero continuó diciendo, podría saber...

—Señor Bussières, le interrumpió el interpelante, vos os sacrificasteis por la salvación de siete personas que habeis transportado en vuestros brazos, además del concurso activo que habeis prestado en otro lugar. En seguida os arrojasteis al agua para ir á abrir las puertas de las cuadras y no os habeis retirado más que cuando vuestra presencia fué inútil. Todos estos detalles desconocidos durante el tumulto se han hecho constar despues y...

—Pero caballero, dijo Bussières, esa indiscreción es al menos inoportuna.

—¡Indiscreción!... es posible, pero cuando se tiene valor y sentimientos como los vuestros... nadie se hace matar por sólo una necia cuestión de honor mal entendida!...

Y con la cabeza alzada, mientras que gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, el que acababa de hablar cogió un escapulario oculto bajo las ropas del oficial, y mostrándolo á todos, dijo:

—Hé aquí lo que os ha hecho traición á vuestro pesar. Además esto prueba que teneis sin duda vuestra madre... una hermana!... Caballero, no os batireis.

A su vez el joven abogado, tomando la palabra con voz alterada por la emoción, exclamó:

—¡Señor Bussières!... ¿Sois pariente del coronel de este nombre muerto en Inkermann?

—¡Era mi padre!

—Entonces, caballero, este duelo es imposible. Y yo, el ofendido, tiendo la mano al señor Bussières. ¡Teniente!... hace cuarenta años que el coronel Bussières, á la edad de quince, ha salvado á mi padre en el momento que se ahogaba en el Ródano. Este ha muerto pronunciando su

nombre, y mi madre me ha contado cien veces esta historia, que aprendí en la cuna.

En fin! yo llevo mi escapulario igual al vuestro. Solamente me lo he quitado para venir aquí; es de la misma forma y del mismo terciopelo, y tiene una doble cadena de oro. Desde el suceso de que hablo, la costumbre ha venido á ser tradicional en la casa de los Montrevel. El que yo tengo perteneció á mi padre; mi abuela, á quien he conocido, le había exigido que lo llevase siempre. Vereis á mi tía, señor Bussières, y ella os dirá de memoria la carta que dirigió á vuestro padre enviándole el escapulario que teneis.

¡Ah caballero! dadme vuestra mano, os lo ruego... no podeis desmentir la sangre de vuestra familia... nosotros hemos nacido para estimarnos y puede ser que para amarnos!

Y los cuatro testigos se estrecharon las manos ante el espectáculo de ver á los dos enemigos precipitarse uno en los brazos del otro.

La emoción llegó á su colmo.

—¡Bravo! gritaron todos; ¡hé aquí lo que se llama una buena jornada!

—Despachémonos y volved á la vaina estas malditas espadas; añadió el testigo que había propuesto un duelo á muerte. Yo tengo un hambre *canina* y vosotros también, necesariamente. ¡Qué diablo! la sensibilidad abre el apetito todavía más que el ajeno. Me reservo para los postres un brindis á la memoria de los dos bravos motivos de esta reconciliación, que no tiene ejemplo en los fastos del duelo.

V.

Aunque se convino en guardar el secreto de lo ocurrido hasta nueva orden, aquella misma semana el *Journal de Maine-et-de Loire* publicaba la aventura con todos sus detalles.

Los oficiales de la escuela obsequiaron á su camarada Bussières con una comida á la que el joven abogado fué invitado.

Al Domingo siguiente se bailó en el castillo de la Girandière, en honor al teniente, que fué el héroe de la fiesta.

Como en Francia y en los demás países del mundo todo concluye por un casamiento, un mes despues, día por día de los sucesos que acabamos de referir, el correo de Saumur llevaba en todas direcciones billetes concebidos en estos términos:

«Sr.»

»La Sra. viuda de Montrevel, tiene el honor de participar el enlace de la Srta. Isabel, su hija, con el Sr. Miguel Bussières, teniente de caballería.»

EMILIA QUINTERO Y CALÉ.

Lugo: 1878.

(Traducido de *La Ilustración Francesa* para el CÁDIZ.)

UN CASO EXTRAÑO.

Á LEOPOLDO GALVEZ.

En el rincón más retirado y oscuro, á donde no llegaban ni siquiera las miradas de los concurrentes, allí, siempre solo, siempre triste, estaba él sentado todas las noches.

Algunos amigos le echaban de menos: porque á pesar de que el mundo no es muy bueno, aún se dan casos de que los desgraciados tengan amigos. Algunos, repito, le echaban de menos, y en vano se desvanaban los sexos calculando cual podría ser la ocupación del *Jeremías de levita* (así le llamaban) en las horas nocturnas.

Conociendo sus aficiones, su carácter, la sensibilidad de un alma, es seguro que cualquiera de ellos desmentiría retundamente á quien dijese que el sempiterno soñador estaba en el café y en él paraba todas las noches.

¡Y qué café!

Un notable escritor ha llamado al cerebro el gran laboratorio de las obras de la inteligencia. Yo—y perdonésemelo tan grosero plágio,—llamaria á los cafés como éste á que me refiero, los grandes laboratorios de cuanto malo se hace en la sociedad.

Apenas abris aquella puerta, á través de la cual perciben vuestros oídos un sordo y confuso rumor semejante al que produce una inmensa caldera de vapor, oleadas de una atmósfera caliginosa y húmeda os sofocan; vuestros ojos se cierran involuntariamente heridos por la espesa niebla que llena el espacio; padecen vuestros oídos con aquel continuo zumbido que se oye por todas partes; el pecho se os oprime, y si teneis una imaginación un poco romántica, recordais sin querer algun trozo de *El infierno* de Dante.

No veis, pero adivináis el espectáculo que teneis ante los ojos. Poco á poco, la vista se familiariza con la densa niebla, que á los reflejos de la luz aparece bañada en tin-

tas rojizas, y comenzais á percibir los séres y los objetos. Entonces podeis contemplar el vicio y la miseria en toda su esplendidez.

A uno de esos establecimientos, que para el indiferente encubren su hediondez con un pomposo título, concurría diariamente R..., apenas las sombras de la noche tendían su denso velo por el firmamento.

A aquella hora en que el rumor de las conversaciones era mayor, la confusión más grande, la puerta se abría lentamente, produciendo al girar sobre sus goznes un discordante ruido. La palabra espiraba en todos los labios, y las miradas cambiaban de dirección, dirigiéndose todas á la entrada de la sala.

Los tertulianos conocían ya aquel ruido, sabían á quien anunciaba la lentitud con que se movía la engrasada vidriera.

Al aparecer él en el lumbral, el silencio se hacía aún mayor; su rostro sombrío, en el que estaba el dolor grabado constantemente, imponía á todos; los grupos se abrían silenciosos y hacían paso respetuosamente al recién llegado, que cruzando lentamente el salón sin saludar á persona alguna, iba á colocarse en su lugar acostumbrado.

Esto sucedía hacia ya años.

En todo este tiempo nunca había llegado él al café que encontrase su mesa ocupada: aquel oscuro rincón inspiraba un respeto mezclado de terror á los concurrentes, y muchos de éstos que hubieran sin escrúpulo dado muerte á un hombre por una pequeñez cualquiera, seguramente maltratarían al que no saludase con visibles muestras de consideración á aquel joven simpático, de rostro melancólico, cuya mirada henchida de infinita tristeza escitaba la compasión para el terrible dolor que revelaba.

Hacia mucho tiempo que R... no pronunciara una palabra en el café: el mozo, acostumbrado ya, colocaba delante del silencioso parroquiano, apenas éste tomaba asiento, una botella y una copa.

Nadie, á menos que por tal trance haya pasado, podrá comprender la inmensidad de esas penas que arrastran al hombre á lamentables extremos, hasta el de que, para olvidarse un momento, llegue á olvidarse también de todo lo grande y sublime.

Vivir así no es vivir, sino morir; pero en lenta y desgarradora agonía.

Cada trago de aquel ardiente licor á cuya ayuda demandamos un alivio, nos abraza la garganta, nos incendia el pecho. Hacemos uso de él para evitar las lágrimas, y ¡sarcasmo horrible! un ardor insufrible las hace acudir á nuestros párpados.

¡Triste parodia de nuestra sensibilidad!

¡Queremos evitar las lágrimas del sentimiento, benéfico rocío del alma, y vertemos, en cambio, algunas que deberían avergonzarnos!

No todos piensan como el inspirado poeta que exclamaba en la intensidad de su dolor: *¡padecer es vivir!*

Tan delicada era el alma de R..., tal concepto tenían de él formado sus amigos, que á ninguno de ellos podía ocurrírsele que fuese á buscar un refugio en sus horas de sufrimiento á un sitio en que cualquiera se avergonzaría de entrar.

¡Extraño misterio! La ruidosa y poco culta conversación de aquellas gentes; aquella pesada y corrompida atmósfera, y finalmente, el ordinario licor que le servían, hacían á R... olvidarlo todo y le aturdiran, le aturdiran, hasta que llegaba á perder la conciencia de sus actos y de su propia personalidad.

Para la mayoría de mis lectores, tal vez sea extraña é incomprensible esta conducta y, sin embargo, se dan bastantes casos en la vida idénticos al que estoy refiriendo.

Ningún incidente había alterado la monotonía de las continuadas visitas de R... al café. Todas las noches á la misma hora, y á la hora de la anterior salida: el gasto que hacía era siempre el mismo: con nadie hablaba, y apenas se movía en todo el tiempo que permanecía en aquel lugar.

De codos en la mesa, la cabeza oculta entre las manos, sus únicos movimientos consistían en los precisos para coger la copa, llevarla á los labios y dejarla nuevamente sobre la mesa.

Una noche hubo un extraordinario acontecimiento en el café.

Dos americanos llevaron á él á Pepa la Rubia, famosa por la maestría y perfección con que cantaba las malagueñas.

Cuando R... entró aquella noche, reinaba gran animación en el café; la concurrencia era mucho mayor que de ordinario; pero, con todo, la mesa de R... estaba desocupada.

Él atravesó por enmedio de los grupos, sin mirar á nadie y se sentó en el sitio acostumbrado.

A poco tiempo oyóse el rasgueo de una guitarra, y lué-

go una voz fresca, argentina, cantó con sentimiento aquella copla que dice:

«Suspiros que de mí salen
«Y los que de tí vendrán, etc...»

Al sonido de aquella voz entre el acostumbrado rumor del salón, R... levantó la cabeza y escuchó con atención. Pepa la Rubia terminó su copla en medio de los ruidos y entusiastas aplausos de toda la concurrencia.

El rasgueo de la guitarra siguió.

R... escuchaba con la misma atención que si la voz siguiese entonando el melancólico cantar.

La Rubia cantaba admirablemente: los sonidos que salían de su garganta semejaban la sentida cantinela de la pobrecilla tórtola.

La malagueña es una canción especial.

No soy andaluz y sin embargo—tal vez diré una heregia—una malagueña cantada por quien sepa cantarla, es preferible para mí al mejor trozo de ópera.

No he podido nunca oír la cantar sin sentirme profundamente conmovido. ¿Por qué? Lo ignoro: sólo sé que encuentro en ese aire popular una ternura inmensa, una melancolía infinita que se apodera de mi espíritu, haciéndome sentir mil desconocidas emociones. En esos momentos suspiro involuntariamente y ¡qué quereis! me es imposible reír.

Suprimo digresiones impertinentes y continúo esta insulsa narración.

La preciosa voz de Pepa la Rubia sonó nuevamente:

«Yo soy como aquella piedra
Que está en medio de la calle...»

Dijo entonces la cantadora.

R... se estremeció otra vez al sonido de aquella voz; se levantó de su asiento y dirigió su ávida mirada al grupo en medio del cual estaba de pie, con la mano derecha puesta en la cadera, Pepa la Rubia.

Era esta una mujer hermosa.

Impotente para describir su hermosura sin hacerla desmerecer, omito su retrato. Sólo diré que sus ojos eran magníficos. Azules, pero de un azul extraño, cada vez que se movían entre aquellas líneas de oro que les servían de marco, brillaban de un modo raro, como si despidiesen luz: sus miradas profundas y melancólicas impresionaban hondamente.

R... la miró; por coincidencia ella le miró también; poderoso debió de ser el choque de aquellas miradas, porque R... tembló, se dejó caer sobre su asiento, y la cantadora se puso pálida.

Sucedió entonces una cosa rara.

La Rubia apartó con violencia la gente que la rodeaba y con paso rápido y nervioso se dirigió á donde estaba R... Llegó junto á él, que tenía otra vez la cabeza entre las manos oculta, y le puso la mano en el hombro.

—¡Pepe, Pepe! Llamó con voz cariñosa.

R... se estremeció.

—¡Pepe! volvió ella á llamar, dando á su voz una inflexión todavía más tierna.

Entonces R... levantó la cabeza, fijó su mirada en la Rubia; dos lágrimas temblaban en sus pestañas. Quiso hablar, movió los labios; pero sin articular una palabra, dejó caer otra vez con violencia la cabeza entre las manos.

La Rubia le llamó nuevamente una, dos, tres veces. En vano: R... no contestaba.

—¡Está borracho! se atrevió á decir uno de los circunstantes.

La Rubia se volvió hacia el imprudente mirándole con desprecio, y entonces todos pudieron observar que el llanto corría con abundancia por las mejillas de la cantadora.

R... seguía inmóvil. Ella le llamó otra vez; atrajo su cabeza inerte hacia su seno y le besó en la frente con ternura.

Ni el más leve rumor se oía. Las miradas estaban fijas en tan interesante escena y nadie se atrevía á despegar los labios.

—¡Un médico! dijo la Rubia.

Treinta personas se lanzaron á la calle y pocos minutos después un médico entraba en el café.

¡Casualidad! Era uno de los mejores amigos de R...

Dominando su asombro por encontrarle allí, el médico se acercó á su amigo y le pulsó.

La cantadora que miraba atentamente al médico, pudo notar que éste se ponía pálido.

—¿Está de peligro? preguntóle.

El médico desabrochó la levita de R... y metiendo la mano por bajo de la camisa, la colocó sobre el corazón.

—Responda Vd. ¿Está de peligro? preguntó nuevamente y con mayor ansia la Rubia.

—¡Está muerto! contestó el médico con voz sombría.

—¡Muerto! gritó ella y cayó al suelo inanimada.

—¡Muerto! repitieron cien labios y una general consternación se pintó en todos los semblantes.

Al día siguiente todos los amigos de R... acudieron al hospital á presenciar, con lágrimas en los ojos, la autopsia de su desgraciado compañero.

Nadie hablaba: tan sólo de vez en cuando un mal contenido sollozo turbaba el silencio de aquel lugar.

Terminada la repugnante operación los facultativos de liberaron.

Su dictámen fué que había fallecido de una de esas enfermedades cuyos nombres terminan en *itis* y tienen una cuarta de largo.

El más viejo de los médicos, anciano de rostro bondadoso y cabello como la nieve, dijo á uno de los compañeros de R..., al tiempo que limpiaba sus gafas de armazón de oro.

—Ese pobre muchacho—y señalaba al cadáver—tenía mucho corazón.

El joven á quien estas palabras iban dirigidas miró con fijeza al médico, como preguntándole el verdadero significado de ellas; pero el galeno continuó limpiando sus anteojos, y dando una vuelta fué á reunirse con sus compañeros de profesión.

Los amigos de R... costearon sus funerales. Todos ellos, y como no, si eran sus amigos! acompañaron al cadáver hasta su último albergue.

Cuando terminó la sagrada ceremonia, uno de ellos se arrodilló y todos le imitaron; así permanecieron largo rato, y después se dirigieron á la puerta.

Al llegar á ella se volvieron con triste ademán, y haciendo un signo de despedida.

—¡Adios!.. dijeron.

Por la noche el sepulturero salió de su habitación para cerrar la puerta del cementerio, y al pasar cerca de la sepultura del pobre muerto, vió un negro bulto sobre ella.

Acercóse y conoció que era una mujer. Debía estar desmayada. La levantó del suelo y, sólo después de haber intentado reanimarla, comprendió que estaba muerta.

Era Pepa la Rubia, la cantadora del café.

Amigo y paciente lector; tal vez esta historia te parezca cuento; pero no dudes que es historia.

Muchas cosas suceden en la vida que si las oyéramos contar nos parecerían increíbles.

AURELIANO J. PEREIRA.

Lugo: 1878.

NOTICIAS.

Hemos recibido las cuatro primeras comedias del TEATRO DE SALÓN, *Repertorio dramático para niños y jóvenes*, que ha comenzado á publicarse en Madrid bajo la dirección del distinguido escritor D. Manuel Ossorio y Bernad. Las comedias se titulan, *El arte de ser feliz*, *Contra soberbia humildad*, *Quedarse zapatero*, y *El secreto del tío*.

Hoy que como diversion que civiliza é ilustra, se acostumbra á los niños en los colegios á esas pequeñas representaciones que han de facilitarles más tarde soltura y aplomo para presentarse en la gran escena social, es utilísima la obra emprendida por nuestro amigo, tanto más cuanto las comedias publicadas hasta ahora reúnen todas las condiciones de moralidad y buen gusto, que como enseñanza de la juventud puede exigirse. Las recomendamos á los Padres y Maestros con el mayor interés. Se venden á 2 reales cada ejemplar en Madrid en las principales librerías, y en Cádiz en la del Sr. Morillas.

Continúa la compañía del Sr. Albarran amenizando las largas noches de Otoño con sus funciones en el teatro *Principal*. Las que más han llamado la atención de las obras puestas en esta última semana, han sido *Las travencas de Juana*, *El forastero* y *Consuelo*, la preciosa joya literaria del Sr. Ayala.

En la primera de estas obras se distingue grandemente la Srta. Genovés, y por admirarla más que por ver la tan conocida obra, acude el público á la representación aunque se la den repetida. En la última, verificada en la noche del 11, la agraciada artista recibió un elegante ramo de flores que le ofrecía nuestra Directora, y tantos aplausos como de costumbre.

En *El forastero* se distingue notablemente el Sr. Albarran, y en *Consuelo* se nos revela como un consumado artista el estudioso actor Sr. Gomez, y decimos *se nos revela*, porque en ninguna obra lo hemos visto á la altura que alcanza en ésta.

El carácter serio, digno, dulce y honrado que el autor de *Consuelo* ha querido dar á Fernando, el personaje más importante de la comedia, se marca perfectamente al caracterizarle el Sr. Gomez, sin exageraciones de ningún género, realizando con su talento las bellezas del original.

Su naturalidad sencilla, su fácil dicción, y lo bien estudiado y comprendido que tenía el papel que le había sido confiado, le hicieron alcanzar un brillante éxito, que compartieron los demás autores, pues en general fué muy bien desempeñada.

Elija la empresa obras como ésta de verdadera importancia, y el público sabrá premiar sus afanes con su asistencia y sus aplausos.

Agradecemos á nuestro ilustrado colega *El Globo*, el cambio que con el CÁDIZ ha establecido.

En una carta-prólogo que el Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer dirige á la Sra. D.^a Josefa Massanes de Gonzalez, y que publica *La Mañana*, diario político y literario de Madrid, vemos el siguiente parrafo:

«Jamás se habló de federalismo, en el sentido literario, sino dándole el alcance de federación con la literatura castellana, para más union y fraternidad dentro de la patria común. Lo mismo precisamente que hoy, sin alarma de nadie, sostiene y pide la revista que con el título de CÁDIZ, dirige con habilidad de todos reconocida la excelente escritora D.^a Patrocinio de Biedma.»

También hay quien se alarme ante la idea utilísima de hacer literatura para las provincias, dándole una vida independiente en ciencias y en letras por medio de una *Federación*. Tampoco falta quien vea una tendencia política, á pesar de ser una mujer la fundadora, en la asociación naciente en Andalucía, que es condición de nuestro carácter combatir toda buena idea en su principio, pero si nos siguen prestando su apoyo como hasta ahora las personas ilustradas de toda España, confiamos en ir venciendo esos pequeños obstáculos, y en llegar á ver aceptado como incontrovertible el principio de las literaturas regionales, que si bien se piensa son necesarias para el conjunto de la gran literatura nacional y universal. Cataluña y sus eminentes escritores, entre ellos el célebre autor de su *Historia*, al que nos referimos, son buen ejemplo de ello.

Terminada la suspensión que le había sido impuesta, ha reaparecido nuestro apreciable colega el &c. de Málaga, y hemos tenido el gusto de recibirle de nuevo. Deseamos al chispeante semanario mucha suerte, y que no tenga que sufrir nuevamente la pena del silencio.

El Sr. D. Juan Pol, Jefe económico en esta provincia, ha sido objeto de una nueva distinción por parte del gobierno de S. M.

En real orden de 12 del actual se le ha conmutado la cruz de segunda clase del Mérito naval, por la de tercera de la misma clase.

En dicha real orden, se congratula el Ministro de Marina de contar entre los caballeros de esa distinguida orden, á un Jefe tan digno del general aprecio y consideración.

Nuestra enhorabuena al Sr. Pol.

La acreditada casa de Gaspar y Roig vá á publicar una nueva obra de nuestro ilustrado colaborador el distinguido cervantista D. Nicolás Díaz de Benjumea, la cual se espera con viva impaciencia por los literatos de la corte. Titúlase: «La verdad sobre Don Quijote. Novísima historia crítica de la vida de Cervantes,» y como todo lo que se refiere al Príncipe de los Ingenios ha de excitar vivísimo interés, tanto más si se tiene en cuenta la valiosa pluma que la escribe.

Deseamos recibir pronto este libro, que está llamado, según el nombre de su autor y las páginas que de él conocemos, á obtener un grande éxito.

Hemos recibido el primer tomo del *Novísimo* romance español (segundo de la *Biblioteca Enciclopédica popular ilustrada*), perteneciente á la sección 6.^a (recreativa) el cual colecciona en 250 páginas romances escritos por nuestras primeras celebridades literarias, los cuales con su forma poética inmejorable, y sus descripciones históricas y populares, han de ofrecer al lector instrucción y solaz.

Es verdaderamente digno de encomio el pensamiento del editor Sr. Estrada de poner al alcance de las más modestas fortunas los libros selectos que han de difundir el buen gusto literario en el pueblo, al par que la ilustración de que tanto necesita. Hé aquí los nombres de los autores de este primer tomo de romances, que no serán por cierto desconocidos al lector, pues todos son en nuestra literatura tan populares como ilustres:

Ventura Ruiz Aguilera, Marcos Zapata, Juan Eugenio Hartzenbusch, Eugenio Sellés, Patrocinio de Biedma, Manuel del Palacio, José Gonzalez de Iribarren, Juan José Herranz, Antonio Arnao, Ricardo Guijarro, José de Echeagaray, Francisco Luis de Retes, José Nakens, Campoamor, Eugenio de Olavarría, Manuel Fernandez y Gonzalez, J. de Dios de la Rada Delgado, J. Campo Arana, J. Velaz-

quez y Sanchez, Valentin Gomez, Eusebio Blasco, Eduardo de Lustonó, Manuel Reina, Baron de Handell, F. Calvo y Muñoz, Eduardo de Palacio, Manuel Matoses, Gaspar Nuñez de Arce, y Angel Laso de la Vega.

No dudamos que este libro, escrito en la forma más grata á nuestro pueblo, ha de alcanzar el éxito que merece.

Se vende en las principales librerías, y dirigiéndose á su editor D. Gregorio Estrada, Dr. Fourquet 7, Madrid.

Hemos recibido y aceptamos con gusto el cambio del precioso periódico *La ilustración de los niños*, que ha comenzado á publicarse en Madrid.

Segun parece, la empresa del Teatro *Principal* contratará al célebre pintor Mr. Gautier, el cual tiene una ligereza tal, que en cinco minutos pinta una marisma ó un paisaje cualquiera, á la vista del público, siendo siempre de notable mérito este boceto. Creemos que su aparición en nuestra escena, obtendrá un verdadero éxito, pues todos deseamos admirar al famoso artista.

OBRAS DE PATROCINIO DE BIEDMA.

El Héroe de Santa Engracia, poema épico.

Guirnalda de Pensamientos, poesías.

Recuerdos de un ángel, elegías.

Dramas íntimos, episodios en verso con la biografía de la autora.

NOVELAS.

Blanca.

Cadenas del corazón.

El capricho de un lord.

Sensitiva.

La botella azul.

El testamento de un filósofo.

El odio de una mujer.

El secreto de un crimen.

Las almas gemelas.

La flor del cementerio.

EPISODIOS.

¡Dos minutos!

Desde Cádiz á la Habana.

Una historia en el mar.

Fragmentos de un álbum.

Habiendo pedido varios Sres. Suscritores muchas de estas obras, y estando agotadas las ediciones de ellas, se vá á proceder á hacer una nueva, que las coleccionará en tres grandes tomos. Los Sres. que quieran ser suscritores, tendrán la bondad de avisarlo así, para que figuren sus nombres en la lista que irá al final del último tomo.

Cada uno de ellos costará 10 pesetas: los Sres. Suscritores sólo abonarán por los tres 25.

No se exigirá el importe de suscripción hasta que empiece á repartirse el primer tomo.

Dirigirse á Patrocinio de Biedma, Herrador, 8, Cádiz.

ANUNCIOS.

BIBLIOTECA DE SEÑORAS.

UNA PESETA EL TOMO EN TODA ESPAÑA.

NOVELAS DE LA SEÑORA

Doña Faustina Saez de Melgar

Van publicadas, y se hallan á la venta en la Administración, Silva 29, 2.^o Madrid y en todas las librerías: *Sendas opuestas* y la *Bendición paterna*, un tomo, *Inés ó la Hija de la Caridad*, dos tomos.

Se hallarán en Cádiz en la librería de Morillas.

EN PRENSA.

El collar de esmeraldas.

NUEVA EDICION DE EL QUIJOTE.

La correcta y esmerada edición de

EL QUIJOTE

que ha hecho en Cádiz D. José Rodríguez y Rodríguez, bajo la dirección del Sr. D. Ramon Leon Mainez, puede adquirirse dirigiéndose al editor, tipografía La Mercantil, Sacramento 39, Cádiz, ó á las principales librerías de España y del extranjero.

La obra consta de 5 tomos: 4 contienen el texto puro y exacto de la magnífica producción de Cervantes, y el otro tomo, de más de 400 páginas, ofrece la más completa

VIDA

de aquel insigne escritor que se ha publicado hasta ahora, original de D. Ramon Leon Mainez, director de la *Crónica*

de los *Cervantistas*. Los cuatro tomos que contienen el texto de *El Quijote*, llevan muchas notas y comentarios del citado escritor.

Los cinco tomos cuestan 40 rs., teniendo derecho el suscriptor á que su nombre figure en la adición á la lista que llevará el último tomo.

ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO

DEL

TEATRO ESPAÑOL,

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DÍAS,

POR D. ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.

CON UN PRÓLOGO

DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO FLORES ARENAS,

libro que tanto puede servir para la enseñanza, como para la consulta, y en el que se hallan recopilados los trabajos esparcidos por nuestros más ilustrados literatos en tratados estensísimos de *Literatura general*.

Esta obra, que consta de 75 pliegos en cuarto prolongado, de impresión muy compacta, pero clara, se hallará de venta al precio de 60 rs. en Cádiz en la tipografía *La Mercantil*.

A los Sres. Corresponsales se les hará una baja de un 20 por 100 en los ejemplares que pidan, advirtiéndoles que deben hacer los pedidos cuanto antes, por ser la tirada muy corta y haber servido ya algunos de consideración.

OBRAS DE LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

En Cádiz librería de Morillas, San Francisco 36; Revista Médica, plaza de San Agustín, 4 y 5: en Madrid en las principales librerías.

VAPORES CORREOS



DE A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.

Para Puerto-Rico y Habana

De Cádiz, los 10 y 30.—De Santander el 20, tocando en Coruña el día siguiente.

Más informes de los Agentes en Cádiz, *A. Lopez y Compañía*.

LINEA DE VAPORES ESPAÑOLES

DE OLANO, LARRINAGA Y COMP.^a



PARA MANILA.

El nuevo y magnífico vapor de 5.800 toneladas

AURRERA

saldrá de Cádiz para Manila el día 10 de Diciembre y el 15 de Barcelona.

Admite carga y pasajeros.

Para más informes, acúdase á su consignatario en Cádiz, plaza de las Cuatro Torres, núm. 5, y muelle de la Puerta del Mar,

D. MANUEL A. DE AMUSATEGUI.

CADIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor
Sacramento 39 y Bulas 8.